



La misión del artista es liberarse y crear al dictado de su propia sensibilidad, la cual debe formar a una época, engendrándola viviéndola y ejemplarizándola, anticipándose a ella si es preciso.

El artista es una unidad de valores estéticos, prestos al desdoblamiento, a influir de una forma profunda en su época, a agudizar y a renovar este principio de vida, que venimos arrastrando a pesar de nuestras debilidades e inhibiciones. A la pregunta: ¿hasta que punto influye el artista en su época, y ésta en aquél? contestaremos de una forma que creemos hartó lógica, y a la cual no escapa la verdadera esencia de la cuestión. El artista es una floración espontánea. Todas las épocas han conocido a unos hombres que en medio de la pervivencia materialista del hecho histórico, han trazado surcos en las conciencias prácticas de sus contemporáneos. Estos hombres se han esforzado en dejar en sus creaciones la más intensa inquietud por su época, sus problemas y sus fenómenos de vida; pero también han sentido en su sangre un palpitar extraño a todo lo que les rodeaba, una zozobra, unas ansias de adelantarse a algo, de predecir unas necesidades de espíritu, que su sutileza ambiental les insinuaba de continuo. Igualmente se sienten llamados hacia unas tendencias que los hombres de su época encuentran despreciables y absurdas, por lo dinámicas —el apoltronamiento en cualquier postura humana, es defendido con ferocidad por aquellos que lo disfrutaban.— El artista puede ser un impugnador de su época, pero también puede obrar al dictado de ella. Desde luego la primera postura es la que nosotros encontramos más lógica —quizá cambiaríamos impugnar por ordenar— Trataremos ambas

posturas con la esperanza de sacar unas conclusiones, en las que se identifiquen todos aquellos que se aferran, muchas veces en agonía, a los valores del espíritu y de la acción.

El artista recibe el mensaje social de los estratos que le rodean. El artista obra en carga emotiva y de creación primaria sobre los estratos sociales que le envuelven. Estos dos puntos así significados quedarán más claros para nuestro propósito y para la claridad de nuestra exposición. Recibir de la época u obrar en carga emotiva sobre ella, implica bien mirado un único propósito. El artista forma parte de su época en el sentido estricto, y podríamos decir que gracias a él, la época tiene una característica sólida con la cual poder distinguirse de las demás, en los embates y retrocesos del hombre a través de su justificación histórica. Pese a ello es indudable que una sensibilidad proeminente será hija de las ocultas necesidades espirituales de una época determinada. De lo que no hay duda es del esfuerzo que debe realizar un artista para sensibilizar a sus contemporáneos con su obra ya que en lo que aquel es sensible, estos son indiferentes hacia problemas punzantes, rectores y creadores a la vez, de un nivel constante y determinado del hombre. En definitiva, la misión del artista es la de afinar en su propia liberación, una vez alcanzada esta, crear de una forma que implique responsabilidad para consigo mismo, y si es sincero con él, lo será con su época, ya que el artista es un hijo responsable, la mayoría de las veces, de la irresponsabilidad de sus contemporáneos.

En la otra orilla encontramos al público, estos a los que acabamos de llamar «contemporáneos». El públi-

co es un fenómeno impresionante e impresionable. Al público no le gusta pensar. Al público le gusta recoger herencias aunque estas impliquen renunciar a sus principios básicos. Al público le gusta ir uniformado y ser parte integrante de un coro. Al público no le gusta pensar ni comprender la necesidad de expresión del artista de nuestra época. Parte de culpa es suya, y parte de la crítica. Hoy estas notas van encaminadas a hacer una disección de esta responsabilidad del público, de su propia responsabilidad, dejemos tranquila pues a la crítica.

Al público le cabe un deber que no puede eludir, es este: la función de apoyo y la función de amor hacia el artista, ya que cuando este es sincero, no implica un fenómeno ajeno a él, sino que éste el público forma parte del complejo de su arte, es puntal de la proyección del mismo.

No creemos que con estas líneas convenzamos al público de la gravitación que representan las concreciones básicas de una época determinada, pero si estamos convencidos que con ellas, ayudaremos a ampliar su mundo espiritual, a hacerle comprender y amar este esfuerzo, que bien mirado no tiene un significado gratuito, sino que lleva un improntu de pureza, cuyo alto sentido místico todo hombre que haya intuído algo más allá de su estro físico, tiene obligación inmediata de responder y de oír, y por ende de amar. Esta desconfianza por parte del público en repudiar las últimas definiciones en arte, no redundan más que en su propio perjuicio, y las mismas le llevarán en un inmediato futuro a un desconcierto general haciéndole inepto para calibrar los avances estéticos, y sus complejos problemas.

Dejemos al público que tenga la palabra por sí mismo. Dejemos al hombre que responda al grito del hombre. Confiamos que la pureza, la carga de responsabilidad que sobre ellos han colocado nuestros artistas contemporáneos nuestros jóvenes amigos a los que deseamos toda clase de claridades, no sea desoída. Confiamos que el hombre volga por sí mismo y se imponga al hombre. Respetemos, pero que nuestro respeto no sea temerario. Avancemos, pero que nuestro avance no sea cómodo. Defendamos a nuestra generación, pero no con la vehemencia destructora, sino dando razones de estas estéticas que no son baldías, y demostrando que llevan en sí lo mejor de nuestros ideales, y la proyección de nuestra fe en un futuro, que debemos ir labrando con la esperanza hecha fortaleza y a conciencia hecha valor.

Que el artista sepa demostrar su verdad, y que el público sea responsable de lo que esta verdad representa para él. Esto y nada más que esto debe ser el resumen de estas notas. Avancemos con nobleza. Calibremos la época y no nos despreciemos a nosotros mismos. Artistas y público tienen una misión que cumplir que no se desvanezca. Ello no ocurrirá si sabemos avivar nuestras fuerzas con el fuego siempre renovado de la creación artística, lanzada abiertamente hacia una vida entera y sin visiones negativas.

He ahí un programa cuyo esbozo unos y otros —artistas y público— debemos esforzarnos por llevar a cabo.

LUIS BOSCH C.